NORMAND ARGARATE



COSAS DE PERROS

(Y OTROS CUENTOS...)

eduvim

Pajarito de agua es una colección creada por **Eduvim** (Editorial Universitaria Villa María) para difundir la literatura de Villa María y de Córdoba. Es de distribución totalmente gratuita. Queda totalmente prohibida su reproducción total o parcial. Asimismo tampoco se permite su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

ISBN 978-987-1518-02-9
© EDUVIM – Editorial Universitaria Villa María
© Normand Argarate
Queda hecho el Depósito que establece la Ley 11.723

Cualquier parecido de los relatos de este libro con la Realidad es mera coincidencia. La responsabilidad por las expresiones vertidas en estos cuentos corre por cuenta de sus autores. Su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

Diseño de Tapas: © Robinson Ríos
Diseño de Interiores: © Sebastián Dinolfo

La publicación de estos cuentos se realiza con el auspicio del Proyecto de Voluntariado Universitario “Leamos a Córdoba en su Literatura” del Programa Permanente de Extensión de la Cátedra de Literatura Argentina I y II del Profesorado en Lengua y Literatura de la UNVM. Secretaría de Bienestar. Políticas Universitarias.

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

La noticia no genera demasiada repercusión. Apenas un par de líneas para señalar que el cuerpo hallado en una fosa común junto a otros cuarenta cadáveres en el cementerio de San Vicente, corresponde a Mario Osatinsky, el primer desaparecido que regresa con nombre y apellido, del olvido.

Terminada la lectura, y como en un súbito flash, puede ver aún la casa de Marcos Osatinsky, su padre, cuadro mayor de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Recuerdo la dirección exacta: Maestro Vidal casi esquina Santa Ana. Aquellos años, los '70, las calles de Córdoba imitaban una película de Eisenstein para los ojos de cualquier niño. Había que ver la avenida Colón colmada de bote a bote por un frente de hombres que enfurecidos por el asesinato de Atilio López rugían venganzas. O aquella madre que durante el sepelio de Tosco y ante una ráfaga de disparos, pierde, arrastrada por la muchedumbre en pánico, a su hijo más pequeño. Aquellas imágenes, grabadas de algún modo a fuego, experiencias directas de la vida cotidiana, como por ejemplo tirarse cuerpo a tierra en el estrecho pasillo del colectivo, porque una retahíla de plomo picaba sobre

los balcones, y el vehículo giraba en contramano para no quedar atrapado en la línea de fuego; aquellas imágenes decíamos constituían un testimonio incomprensible que no alcanzábamos a interpretar, que excedían el relato oficial de los acontecimientos pero que sin embargo eran el aire turbulento de la época.

Lo cierto es que esa madrugada todo el barrio se despertó sobresaltado, ese estallido al amanecer abrió un hueco en el día. La noticia corrió como reguero de pólvora y toda la vecindad, especialmente los niños marchamos en horas de la siesta hacia aquellas ruinas humeantes.

La policía poco podía hacer frente a la curiosidad. La muchedumbre esperó pacientemente tras las vallas, pero uno, luego el otro, después un grupito comenzaron a vulnerar el espacio vedado hasta que entramos todos y los uniformados abandonaron el lugar. La casa era vieja, de principios de siglo, de puertas y ventanas longilíneas, el frente discreto, casi imperceptible. La recuerdo perfectamente porque estaba ubicada justo al frente de la última barbería de la ciudad. Un lugar extraordinario. Sentado en aquel sofisticado sillón uno podía contemplarla si terminaba por aburrirse de la imagen duplicada del espejo. Por esa razón, descubrirla arrasada, literalmente desaparecida, era algo que nos superaba. Nada, pero nada había quedado en pie. Ninguna pared, ningún resto que indicara que allí había existido una casa.

Sólo una masa ondulante de ladrillos, mampostería, vigas partidas, algún pequeño fragmento de azulejo. Nada salvo el cuartito del fondo. No obstante y a pesar del poder de la demolición, las viviendas contiguas apenas sufrieron daños. En la esquina, una pequeña rajadura atravesaba la pared medianera de la florería y obviamente la onda expansiva alcanzó la vidriera con la publicidad del Glostora Club. Todos comentaban la pericia y la ingeniería explosiva, todos trataban de explicar el mecanismo que había permitido borrar la presencia de esa casa. Pero lo más interesante estaba en la parte de atrás. Tras atravesar las montañas de escombros había una especie de cuarto de herramientas. Conservaba parte del techo, un muro derruido y estaba vacío. Contra la pared posterior uno podía empujar un bloque de cemento de veinte centímetros de espesor, del tamaño de la mitad de una puerta y que cedía por unos grandes goznes de hierro. De uno en uno ingresábamos a ese reducido espacio dividido por una reja, tras lo cual había un inodoro que seguramente también servía de asiento. Todo aquello estaba revestido por cartón prensado. Allí por primera vez escuché la frase *"Cárcel del Pueblo"*.

De regreso a casa, mientras caminábamos por la vereda de una escuela leímos aquella consigna política, pintada urgentemente con aerosol. Discutimos un rato sin llegar a ninguna conclusión y luego nos fuimos a jugar a la pelota al campito del pasaje Laprida.

HISTORIAS DE PERROS

Era en el patio trasero de un busca de Villa Nueva. Ustedes conocen esa ciudad. Creo que alguna vez fue la capital de la república por un día y que Gardel se demoró en algún zaguán. De construcciones coloniales derruidas, de grandes rejas de hierros trabajados en estilo morisco que recuerdan patios españoles, patios de azahares, de mosaicos blancos y negros, de aljibes y geranios. De aquellos suaves esplendores hoy sólo quedan ruinas, las gallinas y talleres de moto en las antiguas cocheras. Sin embargo y con la misma vitalidad que la hierba crece en la grieta, estas vidas procuran su luz. Basta con llegarse hasta la ribera del río para observar esos cuerpitos de terracota brillante saltando desde las barrancas de arena al grito de *"Sambuíte…sambuíte"*.

Así es Villa Nueva, una ciudad que durante las noches de verano emana olores dulzones, promesas de amores clandestinos en las sombras del parque, violencias adolescentes y rapiñas de niños con la alegre malicia de los que tempranamente se buscan la vida.

Estábamos allí, en ese patio trasero, mientras El Negro soldaba cestos de basura, labor que le permitía entre transa y transa procurarse algunas

monedas extras. Cada tanto le pegaba un sacudón a los ganchos, porque la soldadora sulfataba los alambres. Cada vez que repetía la maniobra regresaba con expresión de picardía. Su rostro tenía las marcas de ciertas inclemencias, curaciones caseras y privaciones, no obstante había en él algo de liviandad, de un ir alegre y despreocupado, cierta condición infantil intacta.

Aquella tarde mientras conversábamos hipnotizados por los destellos de la soldadora, esa fascinante luz blanca que quema los ojos y que solo puede mirarse con máscaras de vidrios azules, allí mismo decía, hablábamos de perros. Historias de perros, son las mejores y aquí cada uno tiene la suya.

Recostado contra la pared, vestido solo con un pantaloncito futbolero y la remera enredada alrededor del cuello como una toalla, el Gordo narraba una historia de pelea de animales. Juan, su perro, en cierta faena criminal había salido muy malherido. "Lo mejor en esos casos es llevarlo al río" dijo.

–¿Por qué?– pregunté.

–El río cura las heridas –sentenció– siempre que un perro mío está lastimado lo llevo al río.

Luego la conversación fue declinando hacia otros temas mientras el sol alargaba las sombras y la violencia de la siesta cedía a las tonalidades

esmeraldas del trasluz de las hojas. Fumábamos tranquilamente y bebíamos cerveza con la disposición de una típica escena argentina, donde dos miran y uno trabaja. Con los años aquella ciudad se fue perdiendo de mi memoria. Otros rumbos y destinos me alejaron. Hoy regreso a Villa Nueva, a las mismas márgenes donde otros niños juegan. Miro ese río que cura las heridas, esta agua que atraviesa nuestras vidas y que en su constante transcurrir imita el destino de los hombres.

El Negro bajo la luz cegadora de su trabajo sonreía. La misma sonrisa bajo la máscara oscura. De repente se sulfataron nuevamente los contactos, dejó la herramienta, le pegó un besito a la botella y sin perder la sonrisa dijo: –*"Hace calor, vayamos al río"*.

EXCURSIONES AL VIVERO

Cuando uno llega por primera vez a Villa María lo primero que te hacen conocer es el río. En una de esas recorridas nos detuvimos en un punto desde el cual se advertía en la orilla opuesta, un grupo de palmeras que sobresalía por encima de los tupidos sauces y cañas tacuaras. Pregunté por esas plantas y me respondieron: "Ah, ese es el viejo vivero". Por supuesto quise saber más y entre las historias que escuché recuerdo la siguiente: era a finales de verano. Uno de esos días soleados, calurosos, un poco ventoso como si se anunciara la proximidad del otoño. Algunos árboles comenzaban a amarillar, y casi de manera imperceptible a deshojar sus ramas mas altas.

Nosotros viajábamos en la caja de la pick–up con el rostro sacudido por el viento; la ciudad se alejaba. Atravesábamos los barrios más pobres que se habían radicado sobre la costa sur del río, y entre espesas nubes de arena nos internamos en un camino lateral del Golf. Era zona de pescadores solitarios, de cazadores de pajaritos, de canutos. Éramos cinco, cinco y un perro. El can era una mezcla rara. Un "guasísimo alemán" según la precisa definición de un miembro de la partida. Todo

negro, de pelaje espeso y brillante, tenía el aspecto de un animal feroz, pero sus patas eran tan cortas como las de un salchicha.

Tras enfilar por un sendero llegamos al final del camino. A nuestro frente teníamos un murallón de árboles que bordeaba el margen del río. Desplazándonos por la cara exterior de ese murallón subíamos corriente arriba. A medida que avanzábamos, más dentro del bosquecillo quedábamos. Según lo que se dice, el lugar corresponde a un antiguo vivero. Ocultas por una naturaleza exuberante, emergen de repente ante nuestros ojos, ruinas de construcciones coloniales. Restos de antiguas casas, molinos con el diseño de una estancia de finales de 1800. Allí en medio de toda esa vegetación, las ruinas guardan la sensación de tiempos detenidos. Caminando entre los senderos enmarañados, llegamos luego a un claro en el cual se erguían numerosas palmeras, únicos vestigios vivos de aquel vivero. El silencio se imponía, una luz teatral flotaba sobre la espesura como capturada en un instante eterno. A nuestros pies crecían, en grupos compactos, infinidad de brotes tiernos. La tierra era negra y húmeda, cubierta de humus. Buscamos los brotes más grandes y con una pala de punta los recolectábamos hasta llenar dos cajones de madera. Era agradable cubrir el fondo de las tablas con una liviana capa de tierra, sentir en las manos esa poderosa fertilidad mientras deshacíamos los terrones. De cuando en cuando caía una gruesa lombriz

tan gorda como el dedo meñique. Extraer las plantas, ubicarlas una junto a otra, acomodar los panes de tierra y al final esa sucesión de promisorias plantas producían un placer sensual. Una vez terminado, regresamos por el mismo camino, el sol de manera imperceptible comenzaba a declinar proyectando nuestras sombras sobre los campos aledaños. A campo traviesa nos embargaba la alegría, la misma de los campesinos cuando trabajan libremente.

FANTASMAS

"¿Qué es un fantasma?" pregunta Stephan, personaje del *Ulyses*, la monumental obra de James Joyce. Tras cavilar unos segundos y como respondiendo a sí mismo murmura: un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable, por muerte, por ausencia, por cambio de costumbre.

Quizás estemos rodeados de cotidianos fantasmas, imperceptibles en su discreta condición, pálidos testigos del orden inalterable de las cosas, meras especulaciones del simulacro del vivir y que transitan por el préstamo de sueños ajenos. Tal vez por el contrario, la misma huella humana sea el fantasma del tiempo; su imposible condición, su resolución final, porque una vez abolida la sustancia temporal de la materia, el rostro de los hombres es solo humo en el espejo, y memoria del fuego dado.

Un fantasma recorre Villa María; aparición tenue que se presenta en la búsqueda de sí misma, en el reconocimiento de su propia identidad. Rastrear las pisadas de esa inquietante visitante nos abisma en la dramática amenaza de lo próximo, de aquello que nos impregna, y sin embargo ilumina nuevos sentidos en el laberinto de la ciudad. Dichos recorridos, "derivas al garete", nos lleva al encuentro de numerosas historias de áni-

mas. Entre ellas la del viajero que alojado en el viejo *Palace Hotel* espera ansioso la visita de su amante para emprender, juntos, la fuga hacia la promesa de otro destino.

El hombre espera un día y una noche. Al final recibe una pequeña esquela que estruja violentamente bajo su puño y luego arroja al fuego. Muere ese día; lo encuentra la mucama, el conserje se encarga de los trámites, remiten el cuerpo.

Ahora, su sombra se refleja en las ventanas del tercer piso, dicen algunos fabuladores, a altas horas de la noche.

Esta es mi historia de fantasma: El primer colectivo de la madrugada llega con algunos pasajeros, obreros probablemente. Entre los últimos asientos viaja aquel hombre solitario de aspecto pensativo. Mayor que el resto, emana una presencia amable, sencilla, un poco rígida. Viste un mameluco de grafa color azul, que limpio y planchado parece ostentar como un uniforme. Esa cualidad de disciplina parece acentuarse en el orden obsesivo en que surgen alineadas las puntas de los lápices que sobresalen de la pechera derecha. Un lápiz carpintero de doble punta, un faber Nro 5, otro Nro 3 y una *Parker* de cartucho; sin embargo ese mismo rasgo se atempera en las botas grandes y polvorientas, animosas para el andar. Mientras el resto del pasaje conversa entre pares, él parece absorto en las ideas del mundo. Cubierto con una campera liviana, apreta bajo el

brazo el periódico gremial; se destaca un artículo del gringo Tosco.

Entonces uno puede suponer que ese hombre había aprendido en la escuela a leer, escribir y las cuatro operaciones básicas. El resto lo había adquirido entre la calle y la fábrica. De joven había practicado natación, deporte que se inició como juego por su humilde condición social. Simplemente había nacido en los barrios pobres que crecen al lado del río. Su habilidad era tal que apenas adolescente compitió por el título provincial. Supongo que aquello era distintivo en él. Sus grandes manos forjaban hierros, torneaban el acero, serraban la madera, diseñaban planos, usaba el yunque pero también el compás; esa habilidad era innata. Siempre alardeaba frente a los muchachos porque no había vehículo que no pudiera abrir o poner a funcionar con un minúsculo alambre. Todos ellos rogaban que explicara la forma de hacerlo. Él siempre se negaba con una ocurrencia llena de ingenio popular. Para los niños esa habilidad resulta aún más maravillosa. En menos que canta un gallo podía hacerte un barco de madera, con el nombre de tu madre a estribor a partir de un desvencijado cajón de manzanas.

Sin embargo querido lector, ese pasajero que está allí contemplando la salida del sol murió hace veintisiete años. Es el fantasma que se cruza ocasionalmente en mi camino. Nunca dice nada, sólo sonríe y especialmente en esta aparición señaló el horizonte.

EL OSCURO

Ha mirado el río a través de los años, ante sus ojos se ha deslizado en la incesante fuga de su movimiento. En esa serena contemplación comprobó, de la misma manera que lo hiciera tres milenios antes Heráclito, el Oscuro, que el río siempre es el mismo pero sin embargo distinto.

"Cómo no pensar en las formas del tiempo" dice apoyado en la baranda del puente Vélez Sarsfield– "En esa materia dada a permanente cambio" dice mientras sus frases parecen perderse en el punto de fuga del Ctalamochita.

–¿Sabés qué es vivir? Interrumpo sus divagaciones mientras el regresa de sus pensamientos y me clava una mirada interrogadora. Con el asomo de una sonrisa respondo –"Como dice el tango, vivir es cambiar, en cualquier foto vieja lo verás."

Nos sonreímos y volvemos a tensar los sedales de nuestras cañas. A lo largo del puente se han concentrado numerosos pescadores que, aprovechando la oportunidad que ofrece la crecida, se han reunido en busca de bagres y sábalos, incluso algún desprevenido dorado como

sostiene algún pescador afortunado; aunque tratándose de pescadores, uno nunca sabe. Conversando con El Oscuro recabo información sobre el arte de la pesca y la pasión que despierta en muchos hombres de esta ciudad, y aunque el río no ofrece mayor variedad de ejemplares, muchos de ellos se organizan en grupos y viajan a lagunas, diques o ríos serranos durante los fines de semana o feriados.

–Es pa´tomarse el buque de las casas –reflexiona jocosamente el Cara e´Jeep, unos pasos mas allá. Luego, asombrado por la cantidad de pescadores, pregunto por aquellos, los que no pueden viajar.

–Año tras año son más, es por la desocupación, no tienen otra cosa que hacer –responde en susurros El Oscuro. En silencio, ensimismados y con un sarche en la comisura de los labios, muchos de ellos llevan las marcas de una resignada paciencia, sólo evidente en la hábil pericia que demuestran cada vez que tienen que desenredar los nudos en la tansa. Como si adivinara mi pensamiento, El Oscuro dice: "Recuerdo cuando hace muchos años venía a pescar a este lugar. En ocasiones pasaba la noche y me sorprendía la madrugada. En esas horas tempranas se levantaba desde el río una niebla espesa que cubría todo el puente. Como a esa hora no amanecía, las luces permanecían encendidas produciendo un efecto extraño. De repente comenzaban a circular generalmente desde Villa Nueva hacia Villa María numerosas bicicletas. Eran los obreros que

marchaban a sus trabajos. Pasaban conversando, algunos tarareando un tango, muchos silbando. No podías verlos nítidamente, simplemente se veía desfilar sus siluetas, era como si abrieran el día, porque una vez que pasaban, la niebla comenzaba a disiparse, mientras asomaban los primeros rayos de sol".

ESA MUJER

La avenida Corrientes lucía solitaria, quizás por el frío, o quizás por la hora; pero lo cierto es que muy poca gente caminaba por el centro de la ciudad. Los coches avanzaban presurosos, dejando tras de sí un viento aún mas frío. En las veredas, anchas y vacías, los pocos transeúntes con que nos cruzábamos apenas se distinguían, hundidos en sus gruesos abrigos, parecían ensimismados, desgastados por la luz espectral y gélida de los carteles luminosos. Caminábamos resueltamente en dirección al hotel, aquella noche habíamos asistido a la última función del programa y regresábamos conversando animadamente sobre la escena final que tanto le había gustado.

Hablaba con vehemencia sobre la larga secuencia en la que el protagonista termina bailando entre los árboles, señalando cada detalle con precisión fotográfica. Mientras acentuaba el énfasis de su conversación, sin dejar de mover las manos, observaba sus rasgos andaluces. La cabellera espesa y renegrida batida por el viento, la boca grande y sensual que esforzada por una dicción contundente transformaba cada palabra en una afirmación. De cuando en cuando me echaba una mirada cómplice. Su coquetería femenina sabía lo que podía provocar. "Verde que

te quiero ver" recitaba maliciosamente cada vez que describía sus propios ojos. Aquel vago aire de gitana se expandía no sólo en los gestos declamativos, sino en la ratificación accesoria de esa belleza.

Exhibía aquella mujer una clara inclinación al uso de sortijas. Por otra parte, los colores vivos en su atuendo, casi estridentes, revelaba una naturaleza propensa a la exaltación temperamental, por momentos caprichosa, por momentos trágica y que lograba armonizar bajo un delicioso ejercicio de un histrionismo algo infantil.

–Cuando baila entre los árboles, y la túnica blanca se despliega liviana, apenas mas densa que la bruma, como si todo el mundo se sumergiera en la suavidad de las formas que se mezclan, como si quedara atrás toda la pesadez de la realidad y él baila, apenas posando los pies sobre el suelo, con esa musiquita tan alegre, tan ligera; así debería ser la vida –dijo y luego insistió– *Sí, así debería ser la vida.*

Al callar, quedamos pensativos. El viento sur castigaba con fuerza; la chaquetilla militar no era lo suficientemente protectora y en aquel momento tuve un estremecimiento. En los primeros meses del cuartel, había recibido numerosas cartas suyas, en todas ellas empleaba el mismo lenguaje elíptico, intercalando párrafos poéticos o directamente poemas que copiaba para mí. En ese instante me pregunté: ¿Quién era ella en realidad? Días atrás habíamos convenido reunirnos en la capital a raíz de mi licencia temporal de Campo de Mayo. Durante nuestros encuentros

habíamos asistido a numerosos espectáculos públicos. El día anterior presenciamos una obra de teatro, y para ésta, y a manera de despedida, "La última noche de Boris Grunschesko" nos pareció una propuesta interesante. De alguna manera misteriosa ambos sabíamos que la elección del título no era inocente y que en ese momento penetrábamos en un territorio cuyas leyes físicas podíamos vulnerar a nuestro antojo.

Ciertamente su fascinación por el vértigo se fue acrecentando con los años. El placer por la velocidad se convirtió en una constante, a tal punto que emprendíamos viajes alocados. Durante aquellos trayectos íbamos concentrados y mudos, al llegar a destino, ella estudiaba su reloj y de forma lacónica señalaba: –Buen promedio. Luego añadiría algún comentario sin importancia. Sin embargo aquella noche parecía deliberadamente lenta, su andar rápido y expeditivo cedía a un deambular perezoso y reticente, pocas veces caminaba así.

–*¿Tomamos un café?*– preguntó. Ingresamos a un local a pocos metros del hotel, nos restablecimos del frío bebiendo whisky y fumando. Ella aspiraba su cigarrillo con bocanadas largas y profundas, entrecerraba los ojos como si quisiera remontar antiguos pensamientos. En situaciones así su tema preferido era su padre. Contaba una y otra vez las mismas anécdotas; las largas charlas bajo el emparrado, las cabalgatas serranas, las andanzas galantes de aquel músico que siempre marchaba acompañado por su guitarra pequeña, apenas más grande que una mandolina,

con incrustaciones de nácar y que ostentaba con orgullo su procedencia española. Recordaba también el cuartito del fondo, donde padre e hija pasaban las horas armando cartuchos del 12 y del 16. Desde niña se había familiarizado con el uso de las armas. Las manipulaba con destreza y su puntería era ciertamente temible. Hasta mis manos llegó una fotografía en la cual aparecía empuñando una carabina. Tomada durante un concurso de tiro en Mar del Plata durante la década del 60´ y que conservaba junto a un pequeño trofeo. Quizás fue este aspecto de su personalidad que la empujó a cierta fascinación por la muerte. Aún la veo llorar en la mesa de la cocina. La cabeza sumergida entre sollozos desconsolados. Frente a sí tiene el retrato de un hombre joven, de pelo largo, ligeramente desgreñado, de intensa mirada. "Lo mataron, lo mataron" repite con intensidad dramática, como si todo su cuerpo se quebrara y atrajera hacia sí toda la luz de la casa.

En la radio, ubicada en la alacena, la voz del locutor anuncia la noticia del día, habla de la selva, habla de una escuela, dice algo parecido a una emboscada, de una cacería, que por fin se terminó la amenaza, hablan militares, el embajador francés, hablan de un lugar remoto llamado La Higuera.

La miro a los ojos e interrumpo sus recuerdos. Sonríe, bebe el último trago de whisky y dice: *Sí, así debería ser la vida, livianita.*

LECTURAS

Jack London está en su refugio. Quema los últimos leños y por supuesto su último tabaco. Afuera el invierno cubre en silencio esa vasta soledad. La nieve borra las huellas y el mundo parece la noche intacta bajo el esplendor de estrellas despiadadas. En la oscuridad refulgen los ojos de los lobos con la fuerza de lo que quiere vivir, el palpitar de la sangre.

Jack London está en su refugio. Crepitan los leños y algo el tabaco; se acabó la comida y el alcohol. Afuera sigue nevando. Pobreza e invierno son incompatibles, piensa. Sin embargo las páginas en blanco alcanzadas por el resplandor del fuego y la tinta que se desliza como si fuera la ruta de un caminante solitario en medio de inmensidades, lo reconfortan.

Ese hombre, medita, se resuelve en su destino; y la mano sigue escribiendo para olvidar el hueco de su estómago. ¿Si tuviera carne, cereales y alcohol, seguiría escribiendo? ¿Soy el hombre de Cromagnon? ¿Me estaré volviendo loco?

Allá voy sobre la pista del lecho helado del Yukón, como antes esos

hombres cruzaron los innominados continentes. Allá voy con él. A medida que la noche es más profunda, él sigue escribiendo. Escribe contra el frío, el hambre, la soledad. Escribe como una manera de entibiarse los pies, tener un lugar, una mesa junto al fuego. Luchar contra el tiempo que todo lo borra, contra la muerte que todo lo olvida.

Jack London está en su refugio. Escribe junto al fuego, en una mesa vieja de buena madera.

PAJARITO DE AGUA

Pajarito de Agua, solía decir una mujer que escribía bellas poesías y dulces cuentos. Se llamaba Edith Vera. Pero, ¿qué son los **Pajaritos de Agua**? Acaso pajaritos que nacen después de un día lluvioso, de esas lluvias finitas y persistentes que ponen brillantes las plantas. O acaso aquellos que viven cerca del cauce de un río de aguas cristalinas pintadas de verde por un sauce; un río- espejo que refleja el aletear vigoroso del pajarito que se siente libre. O acaso aquél pajarito que mora en una nube azul y organiza, con otros pajaritos, los aguaceros que volverán fértiles a los campos. Hoy, **Pajarito de Agua** es una colección de cuentos. Cuentos que nos hacen volar. Cuentos que nos enseñan, ayudándonos a conocernos y a conocer la vida. Cuentos que nos hacen crecer, como si fuesen una vitamina para el alma. Cuentos que nos tornan más solidarios y mejores amigos, aproximándonos a los otros seres con los cuales compartimos el mundo. Cuentos que nos divierten, como los compañeros del cole. Eduvim, la editorial de la Universidad Nacional de Villa María, se regocija de haber facilitado el encuentro entre los/as jóvenes y estos Pajaritos de Agua vestidos de cuento.

Normand Argarate: nació en la ciudad de Córdoba en 1964. Publicó *Tomad y bebed* (Cuento y poesía, 1984) *Mujer en el jardín* (Poesía, 1992), *La belleza de los gestos inútiles* (Poesía, 2000) y *Punga de Bondi* (poesía, 2007). Tiene los libros de poemas inéditos *El loro del discreto hablar e Hindú*. Los relatos que integran *Cosas de perros* fueron publicados en el periódico "**El regional**" (Villa María, Cba). Además fué co-director de la revista "**Huérfanos" y El gran dragón rojo y la mujer vestida sol**. Actualmente se desempeña como editor del suplemento cultural *El Corredor Mediterráneo* de diario **Puntal** de Villa María.

UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
VILLA MARIA